

verdaderos profetas, animados del Espíritu Santo y elevados sobre sí mismos, decían cosas sobrehumanas, hacían algunas veces acciones extraordinarias, pero todo con calma é inteligencia de lo que hacían. Aquellos que, por el contrario, eran agitados por el espíritu maligno, como sucedía á los energúmenos, hablaban y obraban con el mayor desorden y á pesar suyo, de la misma suerte que los paganos nos representan á la pitonisa de Delfos ó á la Sibila de Cumas, con los cabellos erizados, con mirada feroz, temblando el cuerpo y con la boca espumosa, lanzando gritos y alaridos, profiriendo á intervalos palabras extrañas mal articuladas y sin conexión. Tal era, poco más ó menos el estado de Saul en aquellos momentos de furor.

Pero así como este desgraciado presentaba un estado deplorable, David, dirigido por el espíritu de Dios, ofrecía un modelo de sabiduría. En todas sus cosas obraba con prudencia, y el Señor estaba con él. Por esto, todo Israel y Judá le amaban porque andaba y moraba á su cabeza.

Viéndole Saul tan prudente, crecía más y más su temor y trataba de perderle por la astucia. Dijole un día: «Aquí tienes á Merob, mi hija mayor; te la daré por mujer con tal que seas hombre de valor y pelees en las guerras del Señor.» Mas Saul hacía con esto sus cuentas y decía: «No sea mi mano contra él; mas sea contra él la mano de los filisteos.» David contestó á Saul: «¿Quién soy yo, ó cuál ha sido mi vida ó la parentela de mi padre en Israel, para llegar á ser yerno del rey?» Venido el tiempo en que Merob, hija de Saul, había de darse á David, fué dada por esposa á Ibadriel Molathita.

Mas Micol, la otra hija de Saul, le cobró cariño á David, lo cual fué dicho á Saul, quien tuvo gusto de ello. Y dijo Saul: «Se la daré para que le sirva de tropiezo y sea contra él la mano de los filisteos.» Y dijo á David: «Por dos títulos serás hoy mi yerno.» Y mandó Saul á sus criados: «Hablad á David como que yo no lo supiese, y decidle: «Tú estás en la gracia del rey y todos tus criados te aman; piensa, pues, ahora, en ser yerno del rey.» Y los criados de Saul repitieron todas estas palabras en los oídos de David. Este les respondió: «¿Os parece poca cosa ser yerno del rey? Yo, por mí, soy pobre y de humilde condición.» Y los criados de Saul le dieron parte, diciendo: «Esto es lo que ha respondido David.» Mas Saul dijo: «Decid esto á David: El rey no necesita de dote (entre los hebreos era el marido el que dotaba á la mujer), sino solamente de cien prepucios de filisteos, para vengarse de los enemigos del rey.» El ánimo de Saul era entregar á David en manos de sus enemigos. David aceptó la proposición, y antes del tiempo señalado mar-

chóse con su gente, dió muerte á doscientos filisteos y presentó al rey sus prepucios para poder ser su yerno; y Saul le dió por mujer á su hija Micol, que le amaba mucho. Saul, por el contrario, habiendo conocido tan claramente que el Señor estaba con David, le temió más y más, y su aversión hacia él crecía de día en día.

Una circunstancia que debía aminorarla, la aumentó en sumo grado. Habiendo salido á campaña los príncipes de los filisteos, David se condujo con mucha más prudencia y valentía que todos los servidores de Saul, y por esto su nombre se hizo célebre. El odio de Saul, se irritó de tal suerte, que habló á Jonathás, su hijo, y á todos sus servidores, para que matasen á David. Mas Jonathás, hijo de Saul, amaba mucho á David, conforme queda dicho, y le avisó diciendo: «Saul, mi padre, anda por matarte, y así te ruego que te guardes por la mañana, y vete á un lugar retirado y escóndete, que yo saldré y estaré al lado de mi padre en el campo, adonde quiera que tu estuvieres; y yo hablaré de tí á mi padre, y te haré saber todo lo que viere.» Por otra parte dijo Jonathás á su padre: «¡Oh rey! No peques contra David, tu siervo, puesto que no ha pecado contra tí, y sus obras te son muy buenas, y puso su vida en el mayor riesgo, y mató al filisteo, y el Señor hizo una grande salud á todo Israel; lo viste y te alegraste de ello. ¿Pues por qué quieres pecar derramando sangre inocente?» Con estas palabras se aplacó y juró: «¡Vive Dios! Que no será muerto.» David volvió á vivir de nuevo en compañía de Saul, pues contóle Jonathás todas estas cosas y le introdujo á la presencia del rey, su padre.

Movióse de nuevo la guerra, y saliendo David, peleó contra los filisteos, é hizo en ellos un gran destrozo, derrotándolos y ahuyentándolos por tercera vez. Llenóse de envidia Saul é intentó de nuevo atravesar á David con la lanza. David no halló otro medio de evitar la muerte, que desaparecer de la corte.

Quizás cause admiración ver á Saul siempre con la lanza en la mano. Pero se desvanecerá advirtiéndole que era el símbolo del mando y de la soberanía. Escribe Justiniano: «Entonces los reyes tenían por diadema las lanzas, que los griegos han llamado cetros.» Con una especie de lanza Josué dió la señal para el ataque y toma de la ciudad de Ibaí. El nombre de *quirites*, que entre los romanos indicaba el derecho de soberana ciudadanía, viene del antiguo término *quir*, que significa lanza. Solamente el padre tenía el derecho de la lanza y del sacrificio. Y cuando era necesario dar testimonio ante el consejo público de las tierras y cosas que se poseían, con la lanza en la mano se presentaba el *quirite* en el consejo, simbolizando y sosteniendo á la vez su derecho

por las armas. Por último, los antiguos romanos adoraban á su dios Marte, autor de su imperio, bajo la forma de una lanza, así como los cuítas le adoraban bajo la forma de un sable.

Cuando Jonathás volvió á interceder por David, Saul, lleno de cólera, le dijo: «Yo sé bien, que por perdición tuya eres amigo del hijo de Isai, pues, mientras él viva, no subirás tú al trono. Mándale venir al instante para que muera.» Jonathás contestó: «Y ¿por qué ha de morir David? ¿Qué mal te ha hecho?» Entonces Saul echó mano á su espada para matar á Jonathás, mas éste logró evadirse, fué en busca de David y le aconsejó no volviere á comparecer delante de Saul. Después se besaron los dos, lloraron ambos, y Jonathás dijo al fin: «Vete en paz; cuanto hemos jurado en nombre del Señor, durará eternamente.» Y se separaron los dos amigos.

Andaba David fugitivo de Saul y estaba en continuo riesgo de vida; más él puso toda su confianza en el Señor, y el Señor le libró de todas las asechanzas de su enemigo.

Un día marchó Saul á la montaña con 3000 soldados en busca de David. Había por allí una caverna, y Saul se entró en ella para entregarse al sueño. David y sus compañeros estaban escondidos en el interior de la misma caverna. Entonces dijeron éstos á David: «Ha llegado el día de la venganza, haz con tu enemigo lo que mejor te parezca.» David dijo á esto: «Dios me libre ponga yo mis manos en el ungido del Señor.» Y se contentó con cortar una punta del manto de Saul, que dormía profundamente. Cuando al despertar Saul, tuvo conocimiento de la generosidad de David, le prometió que no le perseguiría ya; pero no cumplió su promesa.

Poco tiempo después supo Saul que David había huído al desierto. Sin pérdida de un momento fué en busca de éste y acampó sobre una colina. Una noche en que Saul, Abuer, su general, y todos los guerreros dormían en el campamento, fué David aproximándose con Abisai, su compañero, á la tienda de Saul. Abisai dijo á David: «Hoy ha puesto Dios en tus manos, á tu enemigo; ahora pues, voy á clavarle en tierra de una sola lanzada y acabamos con él en un instante.» Pero David dijo: «¡No le mates! Tan cierto como Dios vive, no pondré mi mano en el ungido del Señor. Toma solamente su lanza, que está junto á su cabeza y la copa, y vayámonos.»

Todo esto se llevó á cabo sin que nadie se apercibiese de ello. Luego que David se encontró á alguna distancia de Saul, llamó á Abuer y le dijo: «¿Por qué no has custodiado mejor al rey, tu Señor? ¡Mira! ¿dónde está su lanza y su copa?» Saul despertó y dijo: «No es esta la voz de

mi hijo David?» David contestó: «La misma voz es, rey y Señor mío.» Entonces Saul reconoció su injusto proceder y dijo: «He pecado, vuelve, vuelve cerca de mí, hijo mío. De hoy en adelante no te haré ya mal alguno. Dios te bendiga, David, hijo mío!» Pero David continuó su camino, y Saul volvió á su casa.

Poco después fué Saul gravemente herido en un combate empeñado con los filisteos, y, desesperado, dióse la muerte con su propia espada. Entonces David se vió libre de su mortal enemigo. Al saber que Saul no existía ya, fué David tan noble que sólo se quiso acordar de sus buenas cualidades y lloró sinceramente su muerte.

Tal como Saul había perseguido á David, así lo hicieron los judíos para con el «Hijo de David», Nuestro Señor Jesucristo, y á su Santa Iglesia, habiendo sido, por lo tanto, rechazados de la gracia de Dios. Y como, sin embargo de todo, se había David condolido tanto de la desgracia de Saul, así también Jesús lloró la ruina de Jerusalén; y como Jonathás, el hijo de Saul, se hizo acreedor de la más afectuosa amistad de David, asimismo quedaron elegidos por Jesucristo para Apóstoles é íntimos amigos suyos doce hombres del mismo pueblo judaico.

Este pueblo no ha borrado jamás de sus tradiciones el lugar que fuera teatro del primer triunfo de David, «y en verdad, observa un autor moderno, que el viajero instruido que recorre el país con la Biblia en la mano habría de adivinarlo fácilmente; tan circunstanciada y exacta es su descripción. Ved los dos collados que se alzan frente á frente el uno del otro; aquí acampan los israelitas, allá los filisteos. Entre ellos se extiende el valle, y en lo más hondo el torrente se ha formado con lecho de cantos rodados. Los siglos, que tantas mudanzas han visto en nuestras ciudades y en los imperios tantas revoluciones, han pasado sobre aquellos montes y valles sin alterar ni mudar cosa ninguna. En el sitio donde Goliath mordió el polvo elevaron los primeros cristianos un monasterio y una iglesia; quizás á estos monumentos pertenecen las ruinas antes mencionadas. Las crónicas de las Cruzadas dan al pueblo el nombre de Kalonia, y no falta autor que ve también en él el Emmaús del Evangelio.»

Continuando el viaje hacia Jerusalén, hállase á cuatro kilómetros al norte de ésta la aldea de Chafath, que cuenta poco menos de ciento cincuenta habitantes; situada en elevada cuesta, descúbrense muy distintamente desde ella las cúpulas y los alminares de la Ciudad Santa. Las casas son muy antiguas y abovedadas en su interior; una, llamada El-Keniseh, ó sea la iglesia, ofrece restos de un santuario cristiano con ventanales ojivales, y data de la Edad Media. A poca distancia vense

las ruinas de un edificio llamado por aquellos moradores Deir-el-Mah-rak (el convento incendiado), y su estanque, de doce pasos de largo por seis de ancho.

A mil quinientos metros al nordeste de Chafath, un aislado cerro lleva hoy el nombre de Tell-el-Ful (monte de las Habas); en la plazuela superior existen vestigios de antigua torre rectangular, y al pie del monte, á lo largo del camino que guía de Jerusalén á Naplusa, vense diseminadas en el espacio de algunos centenares de metros confusas ruinas, entre las que llaman preferentemente la atención varios sillares labrados y algunas cisternas abiertas en la peña. Sin duda son restos de la antigua población de que era collado el natural acrópolis, fortificado luego por el hombre. Según se desprende de las razones aducidas por varios autores, se levantó en aquel sitio la ciudad de Gibeah de Benjamín, de triste celebridad por el indigno ultraje que sus moradores infirieron en tiempo de los Jueces á la esposa del levita Efraim, ocasionándole la muerte.

Saul tenía su casa en Gibeah, su patria, y en ella moró aun después de ser ungido rey por Samuel. Dos peñascos piramidales se alzan en aquellas inmediaciones; el libro de los Reyes los dominaba Bosés al uno y al otro Seueh, y por entre ellos pasó Jonathás, hijo de aquel monarca, para penetrar en el campamento de los filisteos allí establecido, entre cual hueste sembró la alarma al dar muerte á veinte de ellos.

En los días del reinado de David la tierra se vió afligida por tres años: El Señor comunicó á David que el delito de Saul y los suyos al tratar como enemigos á los gabaonitas, á pesar de la alianza que Josué les otorgara, era la causa de aquella calamidad. David convocó á aquellos ciudadanos y manifestóles estar dispuestos á darles la satisfacción que por la matanza de los suyos exigieron; la satisfacción consistió en la entrega de siete parientes de Saul, los cuales fueron muertos en cruz en Gibeah.

De lo que leemos en Josefo dedúcese que Gibeah existía aún en estado de aldea en la época del sitio de Jerusalén por Tito; mas en tiempo de San Gerónimo estaba arrasada por completo.

En poco más de un cuarto de hora, partiendo de Tell-el-Ful, en dirección al Sudeste, llégase al pueblo de Anata, nombre que ha sustituido al de la antigua ciudad de Anathoth. Actualmente consta de unos doscientos habitantes; las casas en general son muy ruinosas, y al parecer construidas con materiales antiguos. Estos y las cisternas y las sepulturas abiertas en la peña, así como algunos fustes de columna, restos son sin duda de la antigua ciudad de Anathoth.

En 1874 hiciéronse allí algunas excavaciones, cuyo resultado fué hallar vestigios de antiquísima iglesia, cuyo pavimento era de mosaico.

Anathoth es mencionada en el libro de Josué como una de las ciudades levíticas. Atiezer, uno de los más esforzados compañeros de David, cuando era perseguido por Salomón, era natural de Anathoth. A esta ciudad, su patria, fué desterrado por Salomón Abiathar, á causa de haber formado parte del complot de Adonías contra aquel soberano. Cuando Isaias predice la humillación de Senuadrerib, y consuela á Israel, y le promete que los restos de este pueblo al fin se convertirán, califica á Anathoth de pobrecita, diciendo: «Esfuerza tu grito, oh ciudad de Gallán; mira por tí, oh Laisa; y tú también, *pobrecita Anathoth.*» Finalmente, fué Anathoth patria del gran profeta Jeremías.

Al Norte de Tell-el-Ful, á unos tres kilómetros de distancia, encuéntrase el cerro de Er-Ram; en su cumbre vense restos de una torre, que sirven de morada á algunas familias, y por el camino álzase una mezquita en el lugar mismo en que antes había un templo cristiano. La mezquita está dedicada á la memoria de un jeque llamado Hasen. Empostradas en las casuchas musulmanas ve quien recorre aquel pueblo muchos sillares de aspecto muy antiguo.

En Ramah, ó sea, la antigua Ha-Ramah, pertenecía á la tribu de Benjamín. Baasa, rey de Israel, fortificóla en la línea fronteriza de ambos Estados para cerrar el paso á Asa, rey de Judá: mas éste, para impedir los planes de Baasa conquistó con ricos dones la alianza de Ben-Hadad, rey de Damasco, quien ataca la Galilea y obliga á Baasa á renunciar á sus hostiles proyectos, y así, libre el paso, el rey de Judá se apodera de Ramah, destruye las comenzadas fortificaciones; y empleó sus materiales para fortificar Gibeah y Mizpah.

El general Nabuzardán, al advertir que Jeremías, atado á la cadena, andaba confundido con los otros que eran conducidos cautivos á Babilonia, le dijo: «El Señor Dios tuyo había predicho estas calamidades sobre este país, y el Señor las ha puesto en ejecución, y ha cumplido lo que había dicho: porque vosotros pasasteis contra el Señor, y no escuchasteis su voz; por lo cual os ha sucedido eso.» Quitóle las cadenas y le invitó á ir con él á Babilonia, mostrando gran interés por él, dándole no obstante á escoger. Mas Jeremías renunció seguir al general. Esto tuvo lugar en Ramah, hecha depósito de prisioneros por Nabucodonosor, y desde donde eran trasladados á Babilonia.

Entre Ramah y Bethel había una palmera debajo de la cual Débora juzgaba al pueblo.

Hoy es Ramah un villorio musulmán de escasísima importancia.